



## Amando a los que no me Aman, parte 2 (Serie en Mateo, #13)

[Audio del Sermón](#)

**Mateo 5.43–48 (RVR60)**

<sup>43</sup>Oísteis que fue dicho: Amarás a tu prójimo, y aborrecerás a tu enemigo. <sup>44</sup>Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen; <sup>45</sup>para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos. <sup>46</sup>Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen también lo mismo los publicanos? <sup>47</sup>Y si saludáis a vuestros hermanos solamente, ¿qué hacéis de más? ¿No hacen también así los gentiles? <sup>48</sup>Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto.

---

Hendricksen

*Sexta antítesis: el resumen de la segunda tabla de la ley*

**43–47. Habéis oído que fue dicho: Amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo. Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos y orad por los que os persiguen, para que podáis ser hijos de vuestro Padre que está en los cielos, porque él hace salir su sol sobre malos y buenos, y envía lluvia sobre justos e injustos. Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tenéis? ¿No hacen lo mismo los publicanos? Y si, con saludos cordiales os acercáis a vuestros hermanos solamente, ¿qué hacéis que sea excepcional? ¿No hacen lo mismo los gentiles?** “Amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo” debe haber sido la forma popular en que el promedio de los israelitas del tiempo de Cristo resumía la segunda tabla de la ley y regulaba su vida con respecto a amigos y enemigos. Deben haberlo aprendido de escribas y fariseos, aunque no necesariamente de todos ellos sin excepción. Por lo menos sabemos que el *escriba* cuyo resumen se relata en Mr. 12:32, 33 y el *doctor de la ley* (experto en la ley judaica) que habla en Lc. 10:25–27 fueron cuidadosos en no omitir “como a ti mismo” al citar Lv. 19:18. Lo que era aun peor que esta omisión era la adición “aborrecerás a tu enemigo”. En ninguna parte del Antiguo Testamento encontramos algo similar. En realidad, por medio de la adición, el énfasis fue desplazado de la intención original de la ley, como ocurrió también en conexión con el mandamiento acerca del juramento (véase p. 321). Lv. 19:18 dice: “No te vengarás, ni guardarás rencor a los hijos de tu pueblo, sino amarás a tu prójimo como a ti mismo. Yo Jehová”. Este mensaje enfatizaba el amor en oposición a la venganza. Su perversión en el resumen popular establecía un agudo contraste entre *prójimo* y *enemigo*, como si el propósito del mandamiento hubiera sido el que se

Iglesia Bíblica Bautista de Aguadilla, PR

[www.iglesiabiblicabautista.org](http://www.iglesiabiblicabautista.org)

(787) 890-0118

(787) 485-6586

tuviera amor por aquéllos y odio por éstos. El resultado era la pregunta: “¿Y quién es mi prójimo?” (Lc. 10:29). ¿Era sólo el israelita? ¿O era el israelita y el prosélito? Véase Lv. 19:34. Pero si era así, ¿qué clase de prosélito, solamente el genuino, esto es, el no israelita que por el bautismo y la circuncisión se había hecho judío en todo aspecto salvo que no era literalmente hijo de Abraham? ¿O había que incluir además a los otros prosélitos? Algunas de estas preguntas ya se hacían en el tiempo de la peregrinación de Cristo en la tierra. Otras iban a pedir atención un poco más adelante.

Es claro que como resultado de esta lamentable mala interpretación de la ley se levantara un muro de separación entre judíos y gentiles; aquéllos para ser amados y éstos odiados. Pero era difícil detenerse aquí. Hubo de levantarse otra barrera entre *buenos* israelitas, como los escribas y fariseos, y *malos* israelitas, como los renegados, los publicanos (véase v. 46) y, en general, toda la chusma que no conocía la ley (Jn. 7:49). En una atmósfera tal, era imposible que el odio pasara hambre; había bastante con qué alimentarlo.

Fue en medio de este ambiente de mente estrecha, exclusivista e intolerante que Jesús llevó a cabo su ministerio. Alrededor de él estaban esas murallas y barreras. El vino con el propósito mismo de romper aquellas barreras, de modo que el amor—puro, cálido, divino, infinito—pudiera fluir desde el corazón de Dios, por eso, desde su propio corazón maravilloso, a los corazones de los hombres. Su amor sobrepasó todos los límites de raza, nacionalidad, partido, edad, sexo, etc.

Cuando dijo: “Os digo: Amad a vuestros enemigos”, debe haber dejado atónitos a sus oyentes, porque estaba diciendo algo que probablemente nunca antes había sido dicho tan suscita, positiva y autoritariamente. Una investigación acabada de todas las fuentes importantes dio como resultado la declaración siguiente: “La conclusión resultante es que el primero que enseñó a la humanidad a ver *al prójimo* en cada ser humano, y por lo tanto, a tratar a todo ser humano con amor, fue Jesús; véase la parábola del Buen samaritano (literalmente, El samaritano compasivo)”. Sin pretender negar de ningún modo la declaración anterior, Jesús enseñó a la gente que uno no debiera preguntar: “¿Quién es mi prójimo?”, sino debiera cada uno mostrar que es prójimo del hombre necesitado, quienquiera que sea (Lc. 10:36).

Aunque en la forma expresada aquí (“Amad a vuestros enemigos”) la enseñanza de Cristo era nueva, no contradecía la ley. Más bien, era el resultado de la semilla antes sembrada. Como se ha mostrado, el Antiguo Testamento prohibía la venganza. Pero iba más allá de eso, enseñando que cuando quiera que fuese necesario uno debía ayudar a su enemigo: “Si encuentras el buey de tu enemigo o su asno extraviado vuelve a llevárselo. Si vieres el asno del que te aborrece caído debajo de su carga, ¿le dejarás sin ayuda? Antes bien le ayudarás a levantarlo” (Ex. 23:4, 5).

De “ayuda a tu enemigo” a “ámalo” había apenas un paso. Jesús dio ese paso. Agregó: “Y orad por los que os persiguen”. En cuanto a la persecución de los creyentes véase 5:10–12. Jesús no exige a sus discípulos que hagan lo imposible. No les pide que se enamoren de sus perseguidores. Pero definitivamente pide que aquellos por quienes iba a morir, a pesar de que por naturaleza aún eran enemigos de Dios (Ro. 5:8, 10), oren por la salvación de los enemigos *de ellos mismos*, queriendo decir “por la salvación de aquellos que los odian”.

Por medio del amor por sus enemigos y la oración por ellos, los seguidores de Cristo demostrarán, ante sí mismos y ante los demás, que son verdaderos hijos del Padre celestial. Es lógico que al decir “para que podáis ser hijos”, etc. Jesús no podía haber querido decir:

Iglesia Bíblica Bautista de Aguadilla, PR

[www.iglesiabiblicabautista.org](http://www.iglesiabiblicabautista.org)

(787) 890-0118

(787) 485-6586

“para que haciendo esto podáis llegar a ser hijos u obtener la posición de hijos”. Por gracia ellos ya eran hijos, pero su comportamiento o conducta como hijos confirmaría este hecho, porque los hijos imitan a sus padres (Ef. 5:1, 2). Esto es verdad en la familia celestial en forma aun más definida que en la terrenal, porque aunque en el último caso de ningún modo todo hijo está dotado del espíritu de su padre, en el primer caso todo verdadero “hijo” (uno salvado por gracia por medio de la fe, Ef. 2:8) recibe el Espíritu del Padre. Es a ese Espíritu que él debe su nuevo nacimiento (Jn. 3:5), así como su crecimiento en las virtudes cristianas y su perfección final.

Cuando exhorta a sus oyentes que demuestren su parentesco con “el Padre que está en los cielos” (sobre esta expresión véase sobre 6:9b) amando a sus enemigos y orando por ellos, Jesús ilustra en forma implícita el amor primordial y activo del Padre al llamar la atención al hecho de que “él hace salir su sol sobre malos y buenos, y envía lluvia sobre justos e injustos”. Esta afirmación es notable en más de un aspecto:

a. Es mucho más significativo decir “él hace salir su sol” y “él envía lluvia” que “el sol sale” y “llueve”. La forma en que Jesús lo dice hace que nosotros miremos más allá del hecho a Aquél que lo causa, y también más allá del hecho a la razón que lo produce, a saber, el amor del Padre por la humanidad.

b. El artículo definido se omite. Por eso, probablemente sea incorrecto, como la BAm, traducir: “sobre el malo y el bueno ... sobre el justo y sobre el injusto”, sino más bien como la generalidad de las versiones castellanas, “sobre malos y buenos ... sobre justos e injustos”. Así se pone un énfasis especial en el carácter de estas personas, como si dijera: “Aunque el Padre es el santísimo e inmaculado, no se retrae de derramar sus bendiciones sobre malos y buenos”.

c. Para hacer que la naturaleza maravillosa del amor del Padre se destaque prominentemente, los dos pares se presentan en un arreglo quiásmico (en forma de X), sin que el énfasis caiga sobre malos ni sobre buenos.

En el primer par se mencionan primero los individuos calificados de “malos” y en el segundo par los “justos”. El sol y la lluvia caen sobre todos por igual, y al hacerlo así revelan el amor del Padre del cual todos son objeto.

Ciertamente es verdad que los hombres responden en forma diferente a las bendiciones por medio de las cuales el Padre revela su amor. No hay una gratitud común. Así que también es cierto que todos los que rechazan el evangelio usan las bendiciones de Dios para su propio perjuicio. Sin embargo, todo esto no puede anular el hecho de que el amor de Dios para con los habitantes de la tierra, buenos y malos, se revela imparcialmente en las bendiciones del sol y la lluvia con todos sus resultados benéficos. Este amor de Dios por aquellos que él creó es también claro de Gn. 17:20; 39:5; Sal. 36:6; 145:9, 15, 16; Jon. 4:10, 11; Mr. 8:2; Lc. 6:35, 36; Hch. 14:16, 17; Ro. 2:4; y 1 Ti. 4:10. Para señalar sólo uno de estos pasajes, Jon. 4:10, 11—la misericordia de Dios hacia los ninivitas, sus hijos y aun su ganado—¿puede uno leer esto sin verse vencido por la emoción? Véase lo que G. C. Berkouwer dice acerca de esto, *De Voorzienigheid Gods (Dogmatische Studiën)*, Kampen, 1950, p. 97.

Nada de esto debiera considerarse como una negación del hecho de que ciertamente hay un amor de Dios que no es compartido por todos. Pasajes tales como Gn. 17:21; Sal. 103:17, 18; 147:20; Mt. 20:16; Lc. 12:32; Ro. 8:1, 28–39; y muchos otros demuestran esto más allá de toda duda. Pero, así como un padre humano, además de amar en forma única a sus hijos e hijas,

Iglesia Bíblica Bautista de Aguadilla, PR

[www.iglesiabiblicabautista.org](http://www.iglesiabiblicabautista.org)

(787) 890-0118

(787) 485-6586

tiene lugar en su corazón para los hijos de sus vecinos, y aun para todos los niños del mundo, así también el Padre celestial, además de tener una relación completamente peculiar de tierna preocupación e íntima amistad hacia quienes por su gracia son suyos, ama a la humanidad en general. Véase C.N.T. sobre Jn. 3:16.

Por otra parte, los que no quieren incluir a sus enemigos y perseguidores en su amor se ponen a sí mismos en un nivel moral y espiritual similar al de la gente que desprecian tan completamente, a saber, los cobradores de impuesto (“publicanos”) y los gentiles en el tiempo de Cristo, Mateo, el hombre que escribe todo esto, habiendo sido él mismo un publicano (véanse pp. 106, 107 y comentario sobre 9:9), no era ajeno al odio intenso con que especialmente los escribas y fariseos consideraban a las personas que pertenecían a esta clase. Los recaudadores principales de impuestos habían pagado una suma fija de dinero al gobierno romano por el privilegio de fijar tasas de impuestos sobre exportaciones e importaciones así como por cualquier tráfico de mercaderías que pasara por la región. Las principales oficinas recolectoras de impuestos estaban en Cesarea, Capernaum y Jericó. Estos recaudadores subarrendaban sus derechos a “principales publicanos” (Lc. 19:2) que empleaban “publicanos para hacer la recolección”. Estos recargaban los impuestos lo más posible, hasta grandes sumas sobre lo normal. Así el “publicano” tenía la reputación de ser un extorsionista. Si era judío, era considerado también como un renegado o traidor, porque estaba al servicio de un opresor extranjero. La baja estima en que se tenía a los publicanos se refleja en pasajes como Mt. 9:10, 11; 11:19; 21:31, 32; Mr. 2:15, 16; Lc. 5:30; 7:34; 15:1; 19:7. Los publicanos y pecadores eran mencionados de un solo aliento, considerándose sinónimas las dos designaciones.

Si desdeñaban a los publicanos, también se desdeñaban a los gentiles. No siempre había sido así. En el tiempo del Antiguo Testamento se había dado mandamiento a los israelitas de amar a los “extranjeros” (Dt. 10:19) y de recordar que ellos mismos habían sido extranjeros en la tierra de Egipto (Ex. 23:9). Sin embargo, cuando durante el tiempo del exilio los israelitas sufrieron males indescriptibles a manos de sus captores, y cuando aun después, durante el período intertestamentario, Antíoco Epífanes amenazó con borrar de raíz la religión y sus ramificaciones, la actitud de los judíos hacia los gentiles cambió. Además, ¿no eran idólatras los gentiles? ¿Y no era la idolatría el mal que había llevado a los israelitas al cautiverio? ¿No eran gentiles también los romanos, y no eran ellos opresores extranjeros? ¿No estaban tratando de desviar religiosamente a los de Israel? Así que, durante el tiempo del Nuevo Testamento los gentiles, como los publicanos, eran tratados con extrema antipatía y desprecio. Eran considerados inmundos por los judíos “piadosos” (Jn. 18:28), en realidad, como “perros” (reflejado en Mt. 15:26, 27). A un judío no le cabía en la cabeza la posibilidad de tener una cena con un gentil incircunciso (Hch. 11:2).

Es comprensible que este odio fuera mutuo. Si los israelitas trataban con desprecio a los gentiles inmundos, ellos también recibían un tratamiento similar (Jn. 18:35; Hch. 16:20; 18:2). Así que, salvo unas pocas excepciones notables, con respecto a por ejemplo un no israelita que mostraba profundo interés en la religión de Israel (Lc. 7:1–5), los publicanos, gentiles y judíos formaban grupos separados. Lo mismo ocurría con los samaritanos. La mujer samaritana estaba atónita que Jesús, siendo judío, le pidiera un poco de agua (Jn. 4:9; cf. Lc. 9:52, 53; Jn. 8:48). Divisiones por todas partes. Odio en todo lugar. ¿Y en cuanto al amor? Bueno, los publicanos amaban a los publicanos. Los gentiles saludaban cordialmente a los gentiles.

Iglesia Bíblica Bautista de Aguadilla, PR

[www.iglesiabiblicabautista.org](http://www.iglesiabiblicabautista.org)

(787) 890-0118

(787) 485-6586

Ahora entendemos el trasfondo del dicho de Cristo (en resumen) “Si amáis a los que os aman, ¿cuál es vuestra recompensa? ¿No están haciendo lo mismo los publicanos ... y los gentiles no saludan cordialmente a los gentiles?” El señor está diciendo a sus oyentes, por lo tanto, que al imitar a los publicanos y a los gentiles en su exclusivismo, simplemente están demostrando que ellos mismos no son mejores en nada a aquellos que ellos consideraban inferiores en valor moral y espiritual. Ellos no están haciendo nada excepcional, que sobresalga o sea extraordinario. Sin embargo, para recibir una recompensa la justicia de quienes deseaban ser discípulos de Cristo debe “superar” la de escribas y fariseos (véase v. 20).

Nada hay de malo en esperar una *recompensa*, siempre que se entienda que *a.* el trabajo que se hace para el Maestro debe ser hecho espontáneamente, en el espíritu de Mt. 25:37, 38; y *b.* la recompensa sea por gracia y no por méritos (*Catecismo de Heidelberg*, Domingo 24).

Véanse especialmente Mt. 6:1, 4, 5, 6; Lc. 17:10; 1 Co. 3:8; 4:7; 9:17; Fil. 3:14 y Heb. 12:2.

Jesús resume todo este párrafo (vv. 43–47) diciendo: **48. Por lo tanto, debéis ser perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto.** Esto también estaba en armonía con la ley: “Habla a toda la congregación de los hijos de Israel, y diles: Santos seréis, porque santo soy yo Jehová vuestro Dios” (Lv. 19:2). “Perfecto serás delante de Jehová tu Dios” (Dt. 18:13). Véanse también Lv. 11:44; 20:7, 26; Ef. 5:1 y 1 P. 1:15, 16. ¿Significa esto que Jesús era un perfeccionista en el sentido que enseñaba a los hombres que debían alcanzar la impecabilidad antes de la muerte? De ningún modo, como lo demuestran claramente las bienaventuranzas y lo confirma la petición que enseñó a sus discípulos, a saber, “Perdónanos nuestras deudas” (Mt. 6:12). Nunca dio a entender que habría un tiempo antes de la muerte cuando ya se podría omitir esta petición. Contra el perfeccionismo en el sentido indicado véanse también 1 R. 8:46; Job 9:1; Sal. 130:3, 4; Pr. 20:9; Ec. 7:20; Ro. 3:10; 7:7–25; Gá. 5:16–24; Stg. 3:2 y 1 Jn. 1:8.

Si se hace la pregunta: “Entonces, ¿por qué tratar siquiera de llegar a ser perfecto?”, la respuesta sería: “Porque es lo que Dios manda”, como se ha mostrado. Además, el seguidor de Jesús no puede hacer otra cosa. El, con Pablo, anhela la perfección (Fil. 3:7–16). Aun aquí y ahora ha recibido una justicia imputada. También ha recibido la justicia impartida (véase sobre 5:6), pero ésta no se completa en la vida presente. La lucha por la perfección en este sentido no irá sin recompensa. La victoria se garantiza exactamente a los que se esfuerzan por alcanzar la meta. Cuando lleguen a las gloriosas playas de la eternidad, su ideal se verá realizado. Será el don de Dios para ellos (Sal. 17:15; Fil. 1:6; 3:12b; 2 Ti. 4:7, 8; Ap. 21:27, cf. 7:14). Sin embargo, en la presente conexión “perfecto” significa “acabado, completamente desarrollado, que nada le falta”. Jesús está diciendo a la gente de su tiempo, y a nosotros también, que ellos y nosotros no debiéramos contentarnos con una obediencia a medias a la ley del amor, como lo estaban los escribas y fariseos, que jamás penetraron hasta el corazón de la ley. Aunque en un sentido Jesús está repitiendo la amonestación implícita en el v. 45 (“para que podáis ser hijos de vuestro Padre que está en los cielos”), ahora (aquí en el v. 48) indica aun más definidamente que es la *perfección* del Padre la que tenemos que tratar de imitar; esto es, la perfección específicamente aquí (como indica el contexto precedente) en el amor que él muestra a todos. ¿No es él quien hace que su sol salga sobre malos y buenos, y envía lluvia sobre justos e injustos? ¿No es también él quien amonestó cariñosamente a Caín (Gn. 4:6, 7)? ¿Aquél que todo el día extiende sus brazos a un pueblo rebelde y contradictor (Is. 65:2; Ro. 10:21)? Así que, en forma similar, el amor de todos aquellos a quienes fueron

Iglesia Bíblica Bautista de Aguadilla, PR

[www.iglesiabiblicabautista.org](http://www.iglesiabiblicabautista.org)

(787) 890-0118

(787) 485-6586

dirigidas estas palabras no debe dejar de alcanzar a todos, incluyendo aun a los que odian y persiguen. No solamente eso, sino que en *calidad* y *carácter* también debe ser un amor que sigue el patrón del amor del Padre; por ejemplo, en paciencia, compasión, sinceridad, etc. Reconozcamos inmediatamente que aun en el creyente más maduro el amor es y será siempre finito, mientras el amor del Padre es infinito. Añádase que, por lo tanto, ese amor finito no puede ser otra cosa que una sombra de Su amor maravilloso. Sin embargo, este tipo de amor finito es alcanzable. ¿Cómo lo sabemos? Debido al hecho mismo que El es nuestro *Padre celestial*, quien, por esa misma razón, no rehusará este don a sus hijos.

Entre los caps. 5 y 6 hay una estrecha conexión. Esto es evidente especialmente por dos hechos: *a.* Jesús sigue hablando acerca de la justicia del reino (cf. 5:6, 10, 20 con 6:1); y *b.* continúa poniendo en contraste la justicia genuina con la que él asocia con escribas y fariseos (5:20), los hipócritas (6:2, 5, 16).

Sin embargo, también hay una transición definida a una nueva subdivisión. En el cap. 5 la verdadera religión era contrastada con la que los escribas y fariseos, basados en la tradición de los rabinos, *estaban enseñando*; en 6:1–18 será contrastada con la que ellos *estaban practicando*. A partir de 6:19 los hipócritas quedan en el segundo plano. Aunque probablemente sería incorrecto decir que desaparecen completamente de la vista, en este sermón ya no se les menciona específicamente.

Comenzando con 6:1 y continuando hasta 7:12, Jesús, más positivamente que antes, dirige la atención de sus oyentes a lo que significa la justicia del reino. En resumen, vivir la vida justa consiste en una obediencia espontánea a la regla “Amarás a Dios por sobre todas las cosas y a tu prójimo como a ti mismo”. Nótese las dos partes: *a.* amar a Dios; *b.* amar al prójimo. El cap. 6 trata principalmente el primero de estos dos puntos; 7:1–12 el segundo. En cuanto al cap. 6, en ello Jesús exige la sincera devoción del corazón a Dios (vv. 1–18) y una confianza íntegra en este Padre celestial en medio de todas las circunstancias (vv. 19–34); porque si el hombre ha de amar sinceramente a Dios, entonces debe rendirlo todo *a* él, y esperar todo *de* él.

El gradual desplazamiento de la atención, de los escribas y fariseos a “vuestro Padre celestial” es claro por el hecho de que mientras esta designación o la similar “vuestro Padre que está en los cielos” aparece solamente tres veces en el cap. 5 (vv. 16, 45, 48), en el cap. 6, considerablemente más breve, el Padre se menciona no menos de una docena de veces, en formas ligeramente diferentes (“vuestro Padre”, “tu Padre” y “nuestro Padre”). Véanse vv. 1, 4, 6 dos veces, 8, 9, 14, 15, 18 dos veces, 26 y 32. La transición del capítulo 5 al 6, también en este respecto, es gradual, como lo indican 5:45, 48, y 6:1.<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Hendriksen, W. (2007). *Comentario al Nuevo Testamento: El Evangelio según San Mateo* (326–333). Grand Rapids, MI: Libros Desafío.